



El Eco de Cartagena

Año XXXII

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9219

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

CONDICIONES

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas. Tres meses, 6 id.—Provincias.—Tres meses, 7'50 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia se dirigirá al Administrador.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. J. rent rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31, y en Londres, Agencia General Española, 6, Great Winchester, Street

LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, CALLE MAYOR 24.

LA UNIÓN Y EL FÉNIX ESPAÑOL



COMPANIA DE SEGUROS REUNIDOS

Domicilio social: MADRID, CALLE DE CLOZAGA, n.º 1 (Paseo de Recoletos.)

GARANTIAS

Capital social efectivo... Pesetas 12.000.000
Primas y reservas..... 40.697.980

Total..... 52.697.980

29 AÑOS DE EXISTENCIA

SEGUROS CONTRA INCENDIO

Esta gran Compañía nacional contrata seguros contra los riesgos de incendios.

El gran desarrollo de sus operaciones acredita la confianza que inspira al público, haciendo pagado por siniestros desde el año 1864, de su fundación, la suma de pesetas 18.301.075,53.

Dirigirse á los Subdirectores Sres. Vinda de Soro y C.ª. Plaza de los Caballos, 15, bajo.

SEGUROS SOBRE LA VIDA

En este ramo de seguros contrata toda clase de combinaciones, especialmente las de Vida entera, Dotales, Rentas de pensión, Rentas vitalicias y Capitales diferidos á primas más reducidas que cualquiera otra Compañía.

Dirigirse á los Subdirectores Sres. Vinda de Soro y C.ª. Plaza de los Caballos, 15, bajo.

SÁBADO 23 DE JULIO DE 1892.

DOCTOR USON.

Consultas de las enfermedades de los ojos y de la matriz.—Todos los días de 9 á 12.—Calle Mayor, 11, principal.

MOSAICOS.

Más de mil dibujos diferentes en las tres clases que hoy se fabrican: en madera, barro cocido y cemento hidráulico.

Precios directos de las respectivas fabricas.

Museo Comercial.—Puerta de Murcia 38-40 y 42. Pasaje Conesa.

DESDE PARÍS

18 Julio 1892.

Un desagradable incidente de índole privada, me ha obligado á demorar el envío de estos apuntes que debieran salir de aquí algunas horas después de la terminación de esa gran fiesta en la que los franceses hacen un verdadero derroche de entusiasmo. Mis deberes de cronista me tuvieron en continuo movimiento desde las primeras horas de la mañana hasta las últimas horas de la noche del jueves. Di comienzo á mi tarea en el décimo distrito, asistiendo á la solemne distribución de premios á los alumnos de las escuelas municipales.

Me encaminé luego á la plaza de la Concordia, donde se alza severa é imponente la imagen de piedra, que personifica—como dicen los hijos del país—las queridas provincias arrancadas á la madre patria; no hubo discursos y Mr. Déroulede puso fin al acto grandioso con vivas á la Alsacia y á la Lorena, que fueron contestados por unas veinte mil voces más ó menos robustas. Me trasladé á la plaza del Carrousel, donde un gentío inmenso rendía cariñoso tributo á la memoria de Gambetta. Me uní en la calle Real á las diez mil personas que formaban el cortejo de las sociedades alsacianas-lorenesas de París y escuché verdaderamente impresionado el *Hautsimschege loch*, aire popular de las comarcas francesas cercanas al Rhin, y la *Marsellesa*; ambas piezas musicales fue-

ron maravillosamente ejecutadas por centenares de instrumentistas. Visité también la plaza de la República, por la que desfilaron durante todo el día algunos centenares de jóvenes de patriotas. Pasé por el boulevard Magenta y me detuve dos minutos ante las ruinas del restaurant Very, ruinas que me parecen un lúgubre monumento conmemorativo de la locura engendrada por la venganza.

Estuve después en Granell, en Montmatre, en Buttes-Chamnon, en Belleville y en Longchamps, encontrando en todas partes grandísima animación, entusiasmo indescriptible, músicas ensordecedoras, innumerables banderas y gallardetes en los que aparecían combinados los colores nacionales franceses y rusos.

La revista militar celebrada en Longchamps, fue brillantísima apoteosis de todas las manifestaciones de entusiasmo que hace el pueblo francés en el aniversario de la toma de la Bastilla.

Por delante de la tribuna que ocupaban Mr. Carnot y los más altos funcionarios del Estado, desfilaron los alumnos de las escuelas militares, la guardia republicana y las fuerzas de todas las armas de guarnición en París.

El desfile duró cinco cuartos de hora.

En resumen; la fiesta nacional francesa nada ha dejado que desear, contribuyendo al esplendor de la misma lo agradable de la temperatura—20 grados,—y la exquisita amabilidad de las nubes que se contentaron con asustar á los que le temen á la lluvia, ocasionándoles la molestia de ir de un sitio á otro con el paraguas en la mano ó con el impermeable colgado en el brazo.

Con la fiesta del 14 de Julio, ha coincidido casi la publicación en el *Diario Oficial*, del documento en que Mr. Roche, ministro de Comercio é Industria, justifica la necesidad de celebrar en París una Exposición Universal *fin de siglo*, documento que es el preámbulo del decreto, en que Mr. Carnot, dispone que ese certamen se verifique

desde el 5 de Marzo al 31 de Octubre del año 1900.

Las líneas generales á que se ajustará el trabajo de Mr. Roche, me eran conocidas desde hace una semana que tuve el honor de hablar con dicho señor y de apreciar el entusiasmo que le anima á no omitir esfuerzos de ningún género, para que la Exposición Universal de 1900, sea la síntesis de todos los adelantos intelectuales y materiales del siglo XIX.

Al despedirme de Mr. Roche, después de oír de sus labios una breve explicación de los grandiosos proyectos que han de convertirse en realidades, cuando se celebre esa gran fiesta internacional del trabajo y progreso humano, le dije:

—Tengo entendido que á los alemanes les disgusta mucho que Francia quiera ejercer el monopolio de las Exposiciones Universales.

Entonces él entreabrió los labios como para darme una contestación oportuna y enérgica; pero sin duda cambió repentinamente de parecer y se limitó á sonreír á la vez que me alargaba su mano.

Aquella sonrisa fue muy elocuente. Yo la traduje del siguiente modo:

El desagrado de nuestros vecinos es la razón más poderosa que tenemos para procurar y conseguir que la Exposición de 1900 supere en magnificencia á las de 1855, 1867, 1877 y 1889.

La catástrofe de Saint Germain—Les-Bains, es desde hace cuatro días, el tema de muchas conversaciones.

Casi todos los periódicos están publicando nombres de los que han perecido bajo la inmensa mole de hielo que cayó desde una altura de 3.000 metros, á la vez que relatos de escenas horribles presenciadas por los que lograron salvarse del cataclismo. Pasa de 140 el número de cadáveres que han sido encontrados hasta el día de ayer.

Supónese que hay muchos más.

Ante ayer fue día de moda para los suicidas franceses.

Nueve personas se quitaron la vida en París y en los pueblos de los alrededores.

Entre ellas figura una joven de 15 años y un viejo de sesenta y ocho. No me explico el suicidio de ninguno de los dos.

La primera no debía de haber cortado el hilo de su existencia en el momento en que esta empezaba á embellecerse con las ilusiones de la pubertad.

El segundo de haber tenido un poquito de paciencia para llegar al término de la jornada por el camino natural.

Mr. Pasteur está enfermo de bastante cuidado.

Ayer y ante el temor de que su enfermedad tuviera un desenlace fatal, me decía un buen señor que toma su café en la mesa inmediata á la que yo ocupo todos los días de doce á una y media de la tarde:

—Sería una desgracia lamentada por muchos maridos á quienes el famoso doctor ha curado cuando

han sufrido las mordeduras de sus mujeres y de sus suegras.

ANTONIO DE LA VEGA.

(Prohibida la reproducción.)

LITERATURA EXTRANJERA.

La consulta.

(ESCENA DE LA VIDA REAL)

I.

El enfermo está agonizando. Los principales miembros de su familia reunidos por tan triste motivo esperan el momento fatal.

—Si se me hubiera hecho caso—dice la suegra en tono de reproche—hace ya tiempo que debía estar despedido el doctor Robinet que es una nulidad perfecta...

¡Y quien sabe!... A lo cual contesta una hermana del paciente:

—El doctor Robinet tiene acreditado su talento en los hospitales...

—Vamos señoras—exclamó un sobrino, cortando la disputa en sus comienzos—la situación exige que tengamos calma y que nos ocupemos exclusivamente en utilizar todos los medios que estén á nuestro alcance para intentar la salvación de mi pobre tío.

Pueden conciliarse las dos distintas opiniones que aquí se manifiestan á cada paso.

Respectando al médico de cabecera y avisando á otro.

La suegra frunce el ceño.

—¡Dos médicos!... es decir, una consulta.

—Naturalmente.

En circunstancias así no hay que reparar en gastos.

—No empiecen ustedes otra vez—dice el sobrino conciliador.

—¿Se acepta la consulta? Sí. Pues bien, yo propongo al doctor Pourin, gran amigo mío y una de las glorias de nuestro barrio.

—¿Están ustedes conformes? Pues voy á buscarle.

Ustedes se encargarán de prevenir á Robinet.

El sobrino marcha.

Las dos mujeres se miran de un modo poco tranquilizador.

El enfermo se queja...

Fin del prólogo.

II.

El sobrino llega acompañado del doctor Pourin.

Los dos escuálpos se saludan fría y ceremoniosamente.

Cada uno piensa, refiriéndose á su compañero:

«Debe de ser muy estúpido.»

Entran en la alcoba y reconocen al enfermo con gran detención.

Cambian algunas palabras relativas á la enfermedad y al tratamiento seguido para combatir la misma y se retiran á una habitación inmediata, cerrando la puerta.

El doctor Robinet:

—¡Malo! ¡Malo!

El doctor Pourin:

—¡Malo! ¡Malo!

El doctor Robinet, [aparte.] Me parece que este médico no es una gran cosa.

El doctor Pourin, [aparte.] Este doctor no sabe ni tomar el pulso.

Breves instantes de silencio.

El doctor Robinet, (decidiéndose.) Las enfermedades de esta clase abundan mucho.

El doctor Pourin, (con gravedad.) ¡Oh! sí, mucho... Los cambios atmosféricos...

—La verdad es que se presentan casos muy notables.

—Efectivamente... Y este es uno de los más notables que he visto desde que ejerzo la profesión.

—¿Hace mucho tiempo?

—Diez y siete años.

—Los mismos años que yo llevo ejerciéndola.

—Hombre, qué casualidad... (Ofreciéndole un polvo de rapé.) ¿V. gusta?

—Mil gracias, no lo uso... ¿Será una indiscreción preguntar á V. si ha hecho sus estudios en París?

—En París los he hecho.

—Entonces hemos sido condiscípulos.

—Seguramente.

—Mi profesor de clínica fue el padre Truffardet.

—Ese fue también el mío.

—Era un bello sugeto.

—Bellísimo... Y muy aficionado al rapé [ofreciéndole otro polvo.] ¿V. gusta?

—Muchísimas gracias, pero no lo gasto... ¡El padre Truffardet! ¡Parece que le estoy viendo!

—¿Se acuerda V. del día en que le colocaron un esqueleto detrás del sillón...

—¡Qué me va V. á contar!... [riéndose]

—¡Si fui yo el autor de la travesura!

—¡Oh! ¡Conque fue V.!... Pues la cosa tuvo mucha gracia (se ríe.)

La suegra [entreabriendo la puerta.]

—Vdes. dispensen, señoras... Creo que el pobre Adolfo se agrava por momentos.

—Señora, como tenemos la impaciencia de V... permítame de un caso que exige de nosotros un detenido estudio... (La suegra se retira.)

III.

El doctor Pourin:

—¿Qué exigencias tienen los parientes de los enfermos!... Se figuran que no hay más que llegar, ver al paciente y curarlo.

El doctor Robinet:

—¿Qué quiere Ud.; hay que armarse, en estos casos de resignación para sufrir impertinencias... Conque Ud. opina que se trata...

—De una fiebre tifoidea en su tercer grado.

—Vea que estamos de acuerdo.

Todos los síntomas que he podido observar están admirablemente descritos en la obra de Dupuytren... ¿No es cierto?

—Ciertísimo...

—Mire Ud. que cuando llegaba por las mañanas á clase con su panecillo envuelto en un periódico...

—¡Oh! sí!... Era un buen tipo el padre Truffardet...

—Lo extraño es que Ud. y yo no nos conociéramos.

Yo vivía en aquella época en la calle de los Griegos.

—Toma! En la misma calle que yo.

—Número 5.

—Y en la misma casa!

—¿Sabe Ud que fijándome en su nariz me parece recordar?... ¿Será usted acaso?...

—A mí también se me figura... Hable usted.

—No, no debo estar equivocado.

—Pues yo juraría que es Ud. Timbaliier, un vecino de cuarto. Pero tampoco puede ser puesto que Ud. se llama Pourin.

—¡Pues soy quien te figuras!

—¿Cómo!

—Pourin es el apellido de mi mujer y lo uso porque me parece más bonito que el mío.

—¡Querido Ernesto!

—¡Querido Polidoro! (se abrazan.) (El padre asomando la cabeza.)

—Perdón señores... pero Adolfo está gravísimo... Creo que ha empezado su agonía.

(Los doctores se hacen una seña y hablan en voz baja misteriosamente.)

IV.

El doctor Robinet:

—¡Conque te has casado amigo Ernesto!

El doctor Pourin: